



Humberto ORSINI, 1995

Cuando los hombres crearon a los dioses y comenzaron a dialogar con ellos, germinó así la más remota noción del teatro.

Más tarde emprendieron los hombres la búsqueda de la felicidad espiritual y recurrieron al teatro para ir al encuentro del germen de la vida, y allí surgió la lucha entre la ficción y la realidad, entre el ser y el no ser, entre la verdad y la mentira, entre el vivir y el representar, entre la claridad y las tinieblas, y en esa lucha paradójica encontraron que detrás de la mentira estaba la verdad, que detrás de la muerte estaba la vida, que detrás de la ficción estaba la realidad y que detrás de ese espejo cóncavo y aparentemente distorsionador que es el teatro estaba la imagen nítida del hombre.

Ese maravilloso acto de amor y de pasión que es el teatro ha tenido la afortunada virtud de descubrir a través del hombre de la aldea al hombre universal, de revelarnos los torniquetes del ser que están ocultos bajo la máscara de la mentira; ha develado la imagen cruel y despiadada de los poderosos, la pasividad no siempre resignada de los oprimidos, y así ha historizado, finalmente, los acontecimientos más significativos de que el hombre haya sido protagonista.

Los hombres inventaron las utopías en su afán de construir mundos distintos a los conocidos y le dieron rienda suelta a los sueños, pero a veces "los sueños son" y al despertar de ellos encontraron que las cortinas de la imaginación habían bajado y frente a ellos encontraban un mundo real lleno de bondades, pero al mismo tiempo al hombre atrapado en una red de terribles y dolorosas realidades. Solamente las obras que lograron interpretar su tiempo y lo esencial del hombre del momento, las que se metieron en el epicentro de las tempestades sociales, esas fueron las que superaron las barreras del tiempo, de las ideologías y de los pensamientos, y llegaron hasta nosotros. ¡Ésas viven aún cada noche en los escenarios mundiales! En cambio, las que se quedaron en la periferia, las que jugaron al malabarismo intelectual, esas se diluyen en el tiempo o reposan en los anaqueles de las bibliotecas.

Hoy el teatro parece haberse alejado de la posibilidad de interpretar nuestro tiempo y las tormentas sociales y humanas que padecemos, tanto locales como universales. Está claro que el teatro no hace las revoluciones, pero ayuda a los hombres a comprenderlas y animarlas.

En este 27 de marzo de 1995, me permito convocar a los hombres de teatro del mundo para que le devolvamos al teatro su maravilloso poder de divertir, de conmover nuestros corazones, de representar nuestra conciencia frente a las terribles desigualdades en que vivimos los hombres de este planeta, de tener la ira de los guerreros conquistadores de pedazos de patrias ajenas, de transportarnos aunque sea por unas horas en ese mundo aún desconocido que reposa en el fondo de nuestro ser, y de descubrir cada día nuevos lenguajes teatrales que permitan un más efectivo diálogo del hombre con el hombre.